



sinados á los piés del vencedor.» Mas no; antes bien, que se conviertan todos al Señor que les salvará. Siempre en el fondo de la cólera del Señor queda para el hombre una esperanza. Los pueblos no se convertirán. Los tiempos corren y veíanse multiplicar los profetas; pero Oseas había dicho: «Cuanto más les llaman los profetas, más se apartan de sus enseñanzas. Sembraron viento y recogerán tempestades.» Amós había anunciado que los altos lugares serian destruidos en Israel y la casa de Jeroboam II exterminada por el filo de la espada, porque fué denunciado como conspirador. Amasías, sacerdote de Bethel, envió cerca de Jeroboam, diciendo: «Amós ha jurado contra vos en medio de la casa de Israel; la tierra no podía soportar sus palabras. Pues hé aquí cómo habla Amós: «Jeroboam morirá é Israel será llevado cautivo lejos de su país.» A los ojos del delator, conspirar es levantarse contra los escándalos públicos y hacer ver sus terribles consecuencias. Para él su ciencia no era más que la mentira y la adulación. El profeta había dicho, la casa y la posteridad de Jeroboam; el delator le hace decir que el mismo Jeroboam. Por lo demás, nada había allí de extraño; era un sacerdote del becerro de oro. No habiendo logrado sus deseos en su clemencia política, escogió otro medio para alejar al incómodo censor: «Oh, Vidente, dice al hombre de Dios, ve y huye á la tierra de Judá; come allí el pan y allí profetiza; pero que no te suceda profetizar más en Bethel, porque aquí está la religion del rey y el palacio del reino.»

La religion del rey pinta á las mil maravillas el pontífice del ídolo y el sacerdote de la córte.

Amós, respondió: «Yo no era ni profeta ni hijo de profeta, sino pastor, y me alimentaba de los frutos salvajes cuando Jehová me tomó de cerca del rebaño y me dijo: Ve á profetizar sobre mi pueblo de Israel. Oye, pues, ahora la palabra de Jehová. Tú me dices: «Tú no profetizarás sobre Israel, tú no dirás nada sobre la casa de Jacob.» Hé aquí por qué Jehová dice: «Tu mujer se prostituirá en la ciudad, tus hijos y tus hijas caerán bajo la espada, tus tierras serán divididas á cordel, tú morirás en una tier-

ra profanada é Israel será llevado cautivo fuera de su país (1).»

Como Oseas, había predicho Amós el restablecimiento final de Israel.

Las amenazas del Señor comenzaban á cumplirse en Israel. Todo tendía allí á su ruina. El trono era como un cadalso, en el que sucedían los reyes por el asesinato. Zacarías, hijo de Jeroboam, á quien Dios había asegurado la corona hasta la cuarta generacion, no reinó más que seis meses. Fué degollado por Sellum á presencia del todo el pueblo. Desde este momento (765) el asesinato comienza, y termina estos reinados efimeros que denotan la decadencia de las diez tribus. El asesino de Zacarías es á su vez muerto por un hombre de Thersa, llamado Manahem, al mes de su reinado.

Manahem se sostuvo quince años por el concurso de Phul, rey de Asiria, cuya proteccion compró en mil talentos de plata (765-754); no hizo más que tratar de una manera bárbara á las ciudades de su país que rehusaban la dominacion de un asesino, y llamar á los extranjeros en ayuda de su despotismo. Estos se mantenían en una actitud formidable, dispuestos á aprovecharse de la anarquía. Oseas no había sido escuchado. Pero esto no impidió á Manahem de pagar un tributo á la Asiria; la vergüenza del padre hizo asesinar á su hijo Phaccia en la torre misma de Samaria, por otro Phaccia, hijo de Romelia, uno de los grandes oficiales de su córte, quien lo fué á su vez veinte años despues por Oseas, hijo de Ela, último rey de Israel.

Todos estos miserables príncipes eran tan impíos como crueles.

Tampoco Judá queda sin aviso. El hijo de Amós, Isaías, aparece al fin de la vida de Oseas, quien colocado en el trono de su padre por los levitas, había seguido el ejemplo de Jonás. Durante la vida de Zacarías permaneció fiel, derrotó á los árabes, á los ammonitas y filisteos, compartió la gloria de las victorias de Jeroboam II con los asirios, y con la toma de Elath restableció el comercio de los judíos sobre el Golfo Pérsico. Cuando quiso tocar al incensario, tuvo que ven-

(1) Amós, cap. VII, 1, 17.



cer la resistencia del gran sacerdote y de ochenta levitas; pero la lepra se apoderó de él, y un temblor de tierra conmovió á Jerusalem. Sucedió á Oseas su hijo Joatham, que hizo lo que era bueno delante del Señor, como su padre había hecho, excepto el entrar como este en el templo para poner la mano en el incensario. Hizo reparaciones en la casa del Eterno y en las murallas de Jerusalem, edificó ciudades en las montañas de Judá, y torres y castillos en su territorio, venció á los ammonitas y les hizo tributarios; por último, Joatham se hizo poderoso porque acomodaba sus actos á la presencia de Jehová su Dios. Despues de un reinado de diez y seis años acabó sus dias, y fué sepultado en la ciudad de David (752-737). Su hijo Acaz reinó diez y seis años tambien (737-723). Su hijo Ezequías le sucedió á la edad de veinticinco años; tenía, pues, nueve años cuando su padre subió al trono. Acaz no hizo lo que era agradable al Eterno su Dios, como David su padre, pues anduvo por las vías de los reyes de Israel; hizo estatuas de fundicion á los Bralines, quemó él mismo incienso en el valle de Ben-Eunon, haciendo pasar por medio del fuego á sus hijos, segun el rito de las naciones que el Señor había exterminado á la presencia de los hijos de Israel. Sacrificaba y quemaba perfumes sobre los altos lugares, sobre las colinas y bajó los árboles poblados de hojas.

En castigo de estas creencias, el Eterno su Dios le entregó en manos del rey de Aram, quien le derrotó, llevando de su reino un gran número de cautivos á Damasco. Fué tambien entregado á manos del rey de Israel, quien le castigó con una gran plaga.

Faceo, hijo de Romelia, dió muerte á ciento veinte mil hombres de Judá en un solo dia, todos guerreros, porque habían abandonado á Jehová, Dios de sus padres. Zechri, hombre muy poderoso de Efraim, mató á Moasías, hijo del rey Ezequías, gran señor del palacio, y á Elcana, que despues del rey ocupaba el segundo puesto en el Estado. Y los hijos de Israel tomaron doscientos mil de sus hermanos, tanto hombres como mujeres, y se dividieron un inmenso botín, que llevaron á Samaria.

Algun tiempo despues, el rey de Siria y el

rey de Israel se aliaron entre sí para tomar á Jerusalem y destronar la casa de David. A esta nueva, el corazon de Acaz y el de su pueblo se agitaron en extremo, como los árboles de un bosque sacudidos por el huracan.

Acaz, ante el cual Isaías acaba de hacer tan admirables predicciones, había puesto su confianza en el rey de Assur más bien que en Dios. Pero esto mismo sirvió para el cumplimiento de lo que el profeta había anunciado sobre Damasco, Israel y Judá. A la solicitud de Acaz, Teglafalasar, llamado Tilgamo en Eliano, sucesor de Phul, de que ya hemos hablado, partió de Nínive, llegó á Dámasco, arruinó la ciudad, trasladó los habitantes á Kir y dió muerte á Razin. A su regreso hizo armas contra el reino de Israel, conquistó todo el país de Galaad, es decir, las tribus de Gad, de Ruben y la mitad de la de Manasés; pasó el Jordan, se apoderó de la tribu de Neftalí y de la Galilea, y trasportó á la Asiria los habitantes de todas estas comarcas (1). Acaz había ido al encuentro del vencedor á Damasco para hacerle la córte; pero el asirio, orgulloso por sus victorias, emprendió el ataque contra él, asoló sin ninguna resistencia las tierras de Judá, ya bastante arruinadas por los idumeos y filisteos. Para aplacar al soberbio conquistador, no vió otro medio Acaz que saquear nuevamente el templo y el palacio y ofrecerle sus tesoros.

Todo el fruto que sacó el impío Acaz, fué aumentar cada dia más su impiedad. Habiendo visto en Damasco un altar que le agradó, mandó un modelo al sacerdote Uria, quien tuvo la villanía de edificar uno igual en Jerusalem. El rey ofrecía en él víctimas á los ídolos de Siria. Para arrastrar á sus súbditos á la misma prevaricacion hizo levantar otros altares, no solamente en todas las calles de la capital, sino en todas las ciudades de Judá. Por último, para colmo de sus impiedades cerró el templo del Eterno. Despues de haber reinado de esta suerte por espacio de diez y seis años, murió Acaz y fué sepultado en la ciudad de Damasco, pero no en el panteon de los reyes. Se le juzgó indigno de este honor por su impiedad y por su mal gobierno, á

(1) 4, Regem, 15-29.



ejemplo de Joas y de Jorán. El impío Acáz tuvo por sucesor á su piadoso hijo Ezequías (723).

En cuanto al reino de Israel, su última hora está ya cercana. Reducido á la mitad por Tegla-Falasar, fué destruido por completo por Salmanasar su hijo. Taceo, hijo de Romelia, muerto por Osías (726), hijo de Belo, en el vigésimo año de su reinado ocupó el trono en su lugar. Salmanasar marchó contra él y le hizo tributario. Algunos años despues, el rey de Israel, pensando en sacudir su yugo, solicitó la alianza del rey de Egipto llamado *Sua* en la *Vulgata*, *Soa*, ó *Segor* en los Setenta, *Soa* ó *Soan* en el historiador Josefo, y que segun el hebreo podria llamarse *Seva* ó *Sevé*.

Es probable que fuera Sevechus hijo de Sabacon. Este fué el jefe de la vigésimaquinta dinastía, que era una dinastía etiope y habia quedado vivo á su predecesor Boechoris (1). Habiendo sabido Salmanasar que el rey de Israel habia mandado embajadores al de Egipto, fué por segunda vez, asoló todo el país, puso sitio á Samaria *Sa-mi-ri-na* por espacio de tres años; se apoderó al sexto año de Ezequías y al noveno de Oseas, á quien redujo á prision; trasladó los israelitas á la Siria, donde los diseminó por los mismos lugares que su padre habia hecho con los primeros cautivos, por Hala y Habor, ciudades de los medos, y el rio Gozan. Así cayó para no volverse á levantar jamás el reino de Israel, despues de haber durado con diez y nueve reyes y siete revoluciones sangrientas, cerca de dos siglos y medio. Esta ruina y esta cautividad estaban predichas ya hacia mucho tiempo, como el último castigo de la impenitencia nacional.

Para no dejar desierto el país de Samaria y para asegurarse á la vez su tranquila posesion, mandó Salmanasar allí colonias procedentes de diversos lugares, de Babilonia, de Cutha, que se cree fuera provincia persa, de Ana en Bactria, de Emath en Siria y de Spharvaim sobre el Eufrates. Pero ni la emigracion de los israelitas, ni la colonizacion de los extranjeros pu-

(1) Crónica de Eusebio, l. I, c. XX.

do hacerse tan de pronto. Ciertamente, segun Esdras (1), que el nieto de Salmanasar, Asarhadon, mandó allí nuevas colonias.

Estas diversas poblaciones tenian distintos dioses y no tenian á Jehová. Pero Él mandó contra ellos leones que los destrozaban. Aleccionados con tan terrible enseñanza, mandaron á decir al rey Asur: «Los pueblos que habeis enviado á Samaria y á los que habeis mandado permanecer en sus ciudades, ignoran la manera con que desea ser adorado el Dios de este país; por esto ha desencadenado contra ellos leones que los destrozaron.»

El rey les mandó un sacerdote de los llevados cautivos, para que se estableciera en Bethel y les enseñara la manera de honrar á Jehová. Fuera que el maestro les enseñara mal, ó fuera porque los discípulos no aprendieran sus enseñanzas, cada uno de estos pueblos unió al culto de Jehová el de sus ídolos particulares (2).

Esta confusion de colonias extranjeras con algunos antiguos habitantes del país y algunos israelitas que habian escapado de la cautividad, constituyó lo que más tarde se llamaron samaritanos, pueblo medio pagano y medio judío, que aceptaba los cinco libros de Moisés, observaba el sábado, practicaba la circuncision y esperaba la venida del Mesías.

Con una mujer de este pueblo es con quien Jesucristo conversó cerca del pozo de Jacob, no lejos de la ciudad de Sictor, ó Siquen. Todavía subsiste en esta ciudad un resto de samaritanos, entre quienes hace dos siglos se encontró el Pentateuco en hebreo con caracteres samaritanos. Salvo algunas variantes de escasa importancia, que generalmente provienen de los cambios de caracteres, este texto está exactamente conforme con el que nosotros hemos recibido de los judíos, prueba evidente de su autenticidad; pues que, como todos sabemos, judíos y samaritanos se hicieron muy pronto enemigos irreconciliables unos de otros.

(1) 1, Esdras, 4, 2.

(2) 4, Reg., 17.

CAPITULO V

Ezequías.—Fin de Isaías.—Tobías.—Manassés.—Judit.—Destruccion de Nínive.

Mientras que el reino de Israel acababa su ruina, el de Judá recobraba su pasada prosperidad bajo el hijo de Acáz. Ezequías hizo todo lo que era agradable á los ojos del Eterno, conforme en todo lo que habia hecho David, su padre. En el primer mes de su reinado abrió las grandes puertas del templo y las restableció en su primitivo estado.

Los sacerdotes y los levitas purificaron el templo, y el rey, con los principales de la ciudad, ofreció un gran número de sacrificios, cantándose al mismo tiempo por los levitas las alabanzas del Señor, segun lo habia dispuesto David. Para hacer más completa y solemne esta vuelta al Señor, el piadoso monarca envió mensajeros, no sólo á las ciudades de Judá, sino también á las de Israel, invitándoles á que fuesen á Jerusalem á inmolar la pascua del Señor.

Cuando Ezequías envió estos mensajeros, Tegatfalasar habia ya conducido cautivas algunas tribus de Israel y á muchos habitantes del reino de Judá. Su hijo Salmanasar habia hecho tributario al último rey de Israel, Oseas. Los mensajeros fueron mal recibidos en muchos lugares; pero hubo cierto número de las tribus de Asér, Manassés, Zabulon, Efraim y de Isacar, que acudieron á Jerusalem.

En cuanto á Judá, todos obedecieron las órdenes del rey.

Como preparacion para celebrar la fiesta de los ázimos, destruyeron los altares profanos, hicieron pedazos todo cuanto servia para ofrecer á los antiguos ídolos y les arrojaron en el torrente Cedron. Se hizo una gran solemnidad en Jerusalem, tal como no se habia hecho en esta ciudad desde el tiempo de Salomon. Al volver á sus casas los israelitas que habitaban en

las ciudades de Judá, derribaron los ídolos, talaron los bosques profanos y demolieron los altares de los altos lugares, no sólo en la tierra de Judá y Benjamin, sino en la de Efraim y Manassés (1).

Ezequías restableció los sacerdotes y los levitas para el servicio del templo, y mandó pagar los diezmos. Y como él estaba con Dios, Dios estuvo con Ezequías. Los filisteos fueron derrotados y rechazados hasta Gaza. Sacudió el yugo del rey de Assur y no quiso serle tributario, y esto en el tiempo en que este rey ponía fin al reino de Israel. Ezequías se mantuvo en esta independencia hasta el décimocuarto año de su reinado. Temió, sin embargo, no poder resistir solo al conquistador de Nínive, que trataria de intentar contra Judá lo que habia hecho contra Israel. Hizo, pues, alianza con el mismo rey de Egipto, de quien habia esperado su salvacion el último rey de Israel, Oseas. Esta desconfianza en el Señor le fué recriminada duramente por Isaías, que le anunció, sin embargo, la derrota del asirio.

Para mostrar á Ezequías cuánto se habia engañado al poner su confianza en el rey de Egipto, Dios le anuncia por su profeta lo que tiene reservado para el Egipto (2); y las palabras del profeta se cumplieron, siendo sucesivamente invadido y avasallado por Senaquerib, rey de Nínive, Nabucodonosor, rey de Babilonia, y Cambises, rey de los persas; mientras que, bajo este último, los hijos de Judá, restablecidos en su país por Ciro, con admiracion de todo el mundo, se entregaban en paz al culto de su Dios y á labrar la tierra.

(1) 2, Paral., 29, 12-36: 30, 1-27; 31, 1.

(2) Isaías, 31, 1-9; 19, 1-17.